

→ ≠ Como aneglar esto.

"Querida Ljeawele. Cómo educar en el feminismo", de Chimamanda Ngozi Adichie,

(2)

En el presente trabajo vamos a comentar críticamente las partes que más nos han llamado la atención de la obra en el título mencionada, no sin antes hacer una introducción

aplicando a su vez la crítica desde los conocimientos recogidos en el resto de las asignaturas de los estudios de

Evidentemente, este análisis crítico se desarrolla también desde el estudio independiente de algunos clásicos,

Vamos a comprobar cómo es problemático pensar según los preceptos ilustrados: por mucho que en ciertas cuestiones no podremos sino estar plenamente de acuerdo, con otras tomaremos una postura radicalmente polémica. Pero no por ello nos vamos a dar por vencidos..., dado que, en la ímpresa búsqueda de la verdad, la confrontación de ideas no sólo es inevitable, sino que es más bien necesaria. Defenderemos la posibilidad de que no todas las teorías que se dicen feministas realmente lo son, y también lo contrario, es decir, que algunas teorías no explicitamente feministas, en el fondo, lo son —e incluso plantearemos la posibilidad de que pensadores tradicionalmente considerados como misóginos o machistas lo sean sólo accidentalmente, pudiendo considerar el núcleo de su filosofía como ilustrado, crítico e, inevitablemente, feminista—. Debemos tener en cuenta que, antes de buscar la igualdad, hay que discutir lo que igualar, así como su calidad y sentido. Tampoco podemos olvidar el modo de igualar. Por eso, consideramos imprescindible partir de la idea de que no se puede pretender un igualitarismo geométrico, ni mucho menos meramente abstracto, puro o absoluto.

Valgan estos dos primeros párrafos de introducción general —si mis fuerzas me acompañaban y no desfallecía, a su vez, en mi fuerza moral de ánimo—

(1) "Parece que se discute sobre el concepto de feminismo. 1
(Lo que no se dice es la cuestión de fondo)

(2) Supongo que lo de educar no lo pasamos por el forro.

PROBLEMA

Comencemos.

En primer lugar, haremos una muy resumida introducción sobre lo que es el feminismo y dónde nace, para después pasar a definir qué es una teoría crítica en el marco de la Modernidad. En último lugar, señalaremos que lo definitorio de la teoría feminista es el enfoque crítico, enfoque que luego aplicaremos al texto de Adichie.

Hay una noción capital necesaria

antes de la noción de crítica: la postura anti-esencialista, anti-platónica o anti-naturalista.

La cuestión fundamental es que, por razones logísticas, terminamos aplicando la crítica a todo menos a esta noción. Y, por mucho que sea ya tradición [redacted] dar la polémica respecto al esencialismo o naturalismo por despachada, creemos necesario no dar este tema por zanjado. Evidentemente, no es ni el sitio ni el lugar para reabrir la polémica (al margen de que no tengo claro qué posición asumir y, por esta misma razón, así como por honestidad intelectual, no puedo tomar una postura acríticamente anti-naturalista ni naturalista). Debo mantenerme en polémica continua, adoptando una metafísica básica del, por así decirlo, imbécil profesional: alguien que no admite que entiende algo cuando es incapaz de entenderlo, pudiendo ser por falta de capacidad o conocimiento (todos somos falibles). En cualquier caso, asumiendo la falibilidad humana que todos compartimos, y por facilitar el diálogo, tomaremos la otra postura —más valiente, pero arriesgada—, donde consideraremos la posibilidad de que hay nociones que, sencillamente, no se dejan entender desde esa metafísica necesaria para hacer una tostada para desayunar, cuidar un geranio, actuar cuando nos cortamos un dedo mientras partimos un calabacín o ayudar a una señora mayor cuando se la cae el monedero y nos paramos a recogerlo para devolvérselo.

Es cierto, [redacted] respecto a las constantes de las sociedades ampliamente machistas, que estas [redacted] ordenan jerárquicamente el campo del trabajo tomando pie en supuestos límites derivados de las diferencias "esenciales" [redacted]

[REDACTED] Es posible que se dé una manipulación de lo que es la naturaleza para justificar teorías, y así legitimar fines espurios, pero también puede ser que no sea problema del esencialismo ni del naturalismo, sino de un uso falaz de estas nociones. Se podría aplicar perfectamente la crítica a la noción esencialista, y no por ello está asegurado que el resultado fuera desecharla. Ninguna noción [REDACTED] es un completo disparate; así que, por mucho que sea comprensible que desechar esta en concreto resulte útil para el feminismo, no podemos olvidar que con ello corremos el peligro de faltar a la verdad. Salvo que la neguemos, y abracemos entonces lo meramente útil y práctico; lo cual puede conllevar problemas mucho peores que la opresión de las mujeres. Entre el esencialismo absoluto y pueril, el falsacionismo y el relativismo debe haber un término medio que no nos provoque dolor de cabeza o la difícil empresa de tragarse ruedas de molino. Y, en cualquiera de los casos, cargar las culpas de que muchas teorías esencialistas sean machistas al mero hecho de que sea esencialistas sería equivalente a tachar al feminismo como una paparrucha por culpa de las teorías que se autodefinen como feministas y que hoy se mueven masivamente. Va a ser un tema que, inevitablemente, va a permear [REDACTED] así que merecía la pena dedicarle dos líneas. Volvamos.

El término “feminista” surge en el siglo XIX en Francia como un insulto hacia aquellas mujeres que participaban en movimientos sociales que pedían el voto y demás derechos de los que sólo disfrutaban los varones, como el acceso a la educación y a las profesiones, pidiendo también formar parte de un matrimonio más justo. Después, las mujeres y los hombres que defendían los derechos de las mujeres tomaron el término para definir su lucha, intentando redefinirlo positivamente. (Esto está muy bien explicado [REDACTED])

[REDACTED] y, por ser francamente muy sencillo, procederemos a parafrasearlo, dejando el método de cita continua, que es más farragoso, para cuando nos metamos en cuestiones más polémicas o difíciles.) Podemos definir como “feminista” tanto a la corriente teórica que busca pensar la situación de las mujeres como al movimiento que busca cambiarla. Así como el origen del movimiento, dentro del marco de la defensa de las mujeres, lo podemos rastrear en el contexto de la Revolución francesa, la teoría es planteada por grupos intelectuales desde el siglo XVII, pero también por voces aisladas, por lo menos, desde la Edad Media.

Como toda corriente, o característica de una corriente, es eminentemente plural. De la misma manera que, evidentemente, no todos los idealistas o materialistas son iguales, no

(1) Entiendo que el libro no se considera “paparrucha”³ y deduzco que existen “muchas teorías machistas...”

todas las teorías encuadrables dentro de la historia del feminismo son idénticas. Existen, como en todas las teorías [REDACTED], continuos debates y polémicas. Otra cuestión importante a la hora de entender el feminismo como una teoría es que, como toda teoría, puede adoptar un enfoque teórico o meta-teórico. Al margen del aparente trabalenguas, esto quiere decir que existen teorías que hablan de algo en particular, con la intención de tratar conocimiento del mundo, y otras teorías que hablan de las propias teorías, buscando con ello un conocimiento respecto a los propios sistemas teóricos. En este sentido, una teoría feminista puede hablar del propio mundo, por ejemplo, resaltando las injusticias empíricamente demostrables que han sufrido las mujeres respecto a su falta de derechos en el siglo XVIII, pero también —otra o la misma teoría— puede criticar sistemas teóricos machistas, resaltando sus falacias, agujeros argumentativos, omisiones, prejuicios, etcétera. A esto último lo denominaremos “irracionalización”, a saber, el acto de demostrar que una teoría que se presenta como racional y bien articulada, en el fondo, carece de racionalidad y de una articulación sólida, o se basa en prejuicios tomados acriticamente.

Ya hemos comentado —sin querer— elementos propios del método crítico, que madura en la Modernidad y que, a su vez, es una de las facetas distintivas de toda teoría feminista, que, de hecho, debe ser una teoría crítica o un subgrupo de las teorías críticas. Nosotros mantendremos que toda teoría eminentemente crítica ha de ser, por consecución lógica, feminista, y que por mucho que haya teorías, autodenominadas críticas, que son machistas, lo son porque, en el fondo, no eran críticas con la suficiente radicalidad u honestidad. Este rasgo distintivo, a saber, la perspectiva crítica, si nos vamos al origen etimológico de la palabra, está referido a una disposición o actividad que después se consideró como el arte de juzgar. Con connotaciones que se mueven en una nebulosa conceptual relacionada con separar, analizar, elegir, discernir, distinguir, ensayar, juzgar, enjuiciar, ponderar...; no siendo necesario que el resultado sea condenar. Dicho muy rápidamente, la crítica tiene que ver con analizar con cuidado un determinado tema, intentando no dejarnos llevar por intereses egoístas. Como veremos más adelante, es en la Modernidad, con Descartes y Kant, donde el acto de criticar es depurado y refinado hasta llegar a las características que definen a toda teoría que pretenda ser crítica.

Una de las características fundamentales de toda teoría crítica es que debe funcionar bajo unas determinadas condiciones que aseguren ir más allá de la mera charlatanería. [REDACTED]

[REDACTED]

A colación de esta idea, no podemos evitar pensar en otra gran idea vertida por [REDACTED] el señor [REDACTED] —al margen de asumir arriesgadamente que la hemos entendido, aunque posiblemente no la comprendamos en toda su profundidad y sutileza—, que es aquella que define [REDACTED] como el arte de hacer lentes, pero no unas lentes cualquiera, sino unas lentes que se construyen a la medida del conocimiento que podemos tratar del hombre, para conseguir enfocar nuestra mirada humana a la hora de entender el mundo con un poco menos de distorsión (sin contar con la posibilidad de que, una vez que vemos mejor, podemos vernos mejor, y así fabricar cada vez lentes mejores).

Otra característica que se puede deducir con facilidad de la crítica es el hecho de que va ligada a tener que ofrecer razones públicas. Esto es inherente a ella; dado que, por mucho que pensemos guiados por condiciones, si no ponemos en común nuestras ideas, no sabriamos nunca si somos presa de un delirio o, finalmente, del despotismo. Por algo [REDACTED]

[REDACTED] nace tan cercana a la idea de *logos*, tomando en seguida la lógica y la dialéctica una importancia mayúscula a la hora de mostrar los intereses que dan sentido a la falsedad de los sofistas, y dando origen a la pregunta por el ser en cuanto ser y a la metafísica propiamente hablando. En este sentido, por mucho que la crítica madure en la Modernidad, esta se venía ya desarrollando desde el mismo origen [REDACTED]

Este acto de someter a examen previo, mirando con cuidado las cuestiones antes de enjuiciar, para así estar en disposición de dar razones públicas atendiendo a condiciones y a un orden, es lo que Descartes y Kant depuran en la Modernidad, y lo que después Marx concretará. Y, como ya hemos dicho, es lo distintivo de toda teoría feminista: [REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED] siendo uno de los más importantes el que remarca las condiciones materiales; pero, antes de llegar a eso, empecemos por el principio y comentemos algo de Kant y Descartes.

Nos encontramos en la Modernidad, momento filosófico que se podría definir de muchas maneras, siendo una de ellas la que plantea que los estudios pasan de ser metafísicos a epistemológicos. Lo importante ya no es estudiar lo que es —valga la redundancia—, sino comprender cómo es el propio estudio y en qué condiciones se basa el hecho de tratar conocimiento verdadero. Descartes busca delimitar el uso correcto de la razón sirviéndose de una crítica a todo juicio heredado, para así descubrir falsas verdades que se muestran como prejuicios, que, de no depurarlos, nos llevarían al error. En esta búsqueda de ideas claras y distintas, Kant nos aporta el vínculo con los intereses teórico y práctico de la razón —tema que más tarde desarrollará Habermas—; intereses que motivan a la razón para someterse a su propio tribunal mediante la autorreflexión, que le permitirá descubrir unas determinaciones *a priori* formales y conocer sus propios límites. El apriorismo kantiano es asumido por Marx a través de Hegel; de este modo, y ampliando la noción al registro material, se descubre que la teoría crítica no sólo tiene condiciones formales de posibilidad, sino también condiciones materiales. Estas condiciones se entienden a través del estudio histórico de las sociedades y la política, dando mucha importancia a los sistemas económicos. En este sentido, el feminismo recoge la noción de Marx, busca aplicar la propia crítica con más profundidad —como hizo ya Kant—, y postula que estas condiciones materiales también se ven moduladas por la cuestión sexual, entre otras.

El salto a la política es inevitable

las teorías feministas a la altura del trabajo de Marx

Dichas teorías feministas mantienen que las condiciones materiales de la racionalidad hacia las mujeres tienden a reprimir su capacidad tanto de acción como de educación. En cualquier caso, esta no es una lucha que busque para nada sustituir la dominación masculina por otra, sino acabar con la dominación y, de ese modo, terminar también con las desventajas sociales y carencia de derechos de las mujeres por el mero hecho de ser mujeres. Destacando, en este punto más avanzado, que la lucha contra el prejuicio que ya vimos en Descartes se modula ahora refinadamente a través de la irracionalización de las posturas machistas y mediante el destape de perspectivas

invisibilizadas.

El feminismo, pasado el momento de la crítica y habiendo esclarecido el panorama social, pasa al estado propositivo, poniendo encima de la mesa nuevas alternativas.

Una teoría verdaderamente crítica está avocada a proponer transformaciones para mejorar el tema criticado.

Una vez aclarado el profundo sentido que tiene considerar la teoría feminista como teoría crítica, vamos a intentar darle una vuelta de tuerca a la crítica para esclarecer cuestiones que, a nuestros ojos, han quedado invisibilizadas o que son susceptibles de irrationalizarse en el texto de Adichie. A su vez, intentaremos mostrar sesgos muy propios del pragmatismo americano o del anglocentrismo en general, que se van notando en diferentes prejuicios respecto a temas de primer orden como, por ejemplo, el amor.

En la página 16 ya nos encontramos la búsqueda de una primera idea o premisa para la reflexión, que pretende proponernos nuestra autora, llegando a decir: «Tu premisa

feminista debería ser: Yo importo. Importo igual. No "en caso de". No "siempre y cuando". Importo equitativamente. Punto». La idea que encierra esta frase no puede ser más oscura. Indiscutiblemente, la mayoría de la gente importa algo para alguien y, evidentemente, para todos los que estemos de acuerdo con que los individuos humanos, por el hecho de pertenecer a la misma especie, merecen ser dignos de ser considerados mínimamente por sus semejantes como capaces de hablar, aprender, ser responsables, etcétera y, por lo tanto, con la dignidad de no ser considerados ni como cosas ni como animales... En resumen: podríamos decir que la gente importa algo para todos los que se consideran coherentemente civilizados. Por lo tanto, todos importamos algo. De hecho, si tomáramos esta idea como punto de partida, no habría problema alguno. La cuestión no es que se reconozca un mínimo de dignidad evidente para todos, sino que se plantea desde la aseveración «Yo importo», con un aire absolutista que deja entrever que, al margen de todo, «Tú importas», y que, en general, cualquiera importa de igual manera que cualquier otro. Esta idea queda confirmada cuando se reafirma en que «No "en caso de"» y «No "siempre y cuando"». «Importo equitativamente. Punto»; no pudiendo ser esto más exagerado y erróneo.

Como poco, hay que reconocer que a todos nos parecería mal que a un padre le importara igual su vecino del quinto que su propio hijo, o que yo tuviera que reconocer que la propia Adichie me importa lo mismo que mi mejor amigo o mi novia, y viceversa. Se puede defender sin problemas que todos, dentro de la civilización, la coherencia y la justicia, debemos importarnos algo mutuamente por el mero hecho de ser individuos semejantes dentro de la especie *Homo sapiens sapiens*; pero es un disparate, que pivota entre lo imposible y lo injusto, aseverar que cualquiera debería importar para todos con igualdad geométrica y al margen de toda circunstancia.

Por mucho que parezca útil, para defender una determinada posición, exagerar las posturas —siendo esto incluso algo necesario, en cierta medida, dentro de la filosofía cuando uno abstrae conceptos—, exagerar hasta el punto de decir algo palmariamente falso no nos puede llevar a buen puerto. En el único caso donde nos podríamos acercar a una igualdad de importancia en algún respecto sería dentro del derecho o dentro de cuestiones éticas muy concretas, del estilo de si unos padres deben o no deben luchar por intentar dar la misma importancia a sus hijos por encima de sus diferencias (cuestión que, a su vez, también sería discutible). No vamos a incidir más en estos temas, pues volverán a salir de otras maneras más adelante.

(1) La primera gilipollaz, en la parte. (S.C)

Debemos hacer una pequeña mención respecto a un matiz de la página 17, por hacer honor a la honestidad intelectual y evitar caer en imposturas. Es una cuestión que se repite una y otra vez a lo largo del texto, tanto como, de un tiempo a esta parte, en casi todos los discursos feministas que llegan a tener un mínimo de repercusión. Hablamos del término “género” en estos contextos, el cual no nos puede parecer más ambiguo y abstracto. Tomar la categoría gramatical de “género”, que significa la característica —*a priori* arbitraria— de las palabras de estar en masculino o femenino, y la idea amplísima de “género” como grupo de cosas para referirse a algo así como... rol social asociado al sexo de una persona o a su apariencia o a su percepción subjetiva del tema... es, cuanto poco, problemático y ambiguo. ¿Por qué hablar de “desigualdad de género” en vez de desigualdad sexista o, sencillamente, desigualdad machista? ¿Por qué no hablar, más llanamente, a costa de unas palabras más, de desigualdad entre hombres y mujeres? Por mucho que popularmente en los últimos tiempos se acepte esta manera tan fetichista de hablar, “género” es un término conceptualmente problemático y aún demasiado nuevo como para aceptarlo críticamente; y más desde [REDACTED] Por lo tanto, mientras no se nos den razones para asumirlo, siempre lo tomaremos de una manera crítica y problemática. Es cierto que discutir sobre cómo se denomina algo suele ser una estupidez, pero desde según qué teorías exitosas de corte posmoderno, o que otorgan la primacía al lenguaje y que se dan la mano con el pragmatismo angloamericano, es algo importante —dado que, al final, se termina legislando o trastocando la coyuntura social— y, por dicha razón, por mucho que desde el plano teórico parezcan problemas artificiosamente gratuitos, hay que afrontarlos. Y [REDACTED] cumpliremos con ello. Con todo, por sacar una nota positiva de esta parte, no podemos estar más de acuerdo con que, en el seno de un matrimonio, no se debe dar por sentado la sumisión de ninguna de las partes —idea que ya no sorprende a nadie—. También aquí aparece un detalle importante —que hay que tener en cuenta siempre en este texto—, que es la coyuntura nigeriana, lugar donde no discutimos que prevalezcan costumbres arcaicas a sanear, pero que difícilmente se pueden extrapolar a las sociedades occidentales actuales.

En la misma página 17 encontramos otro detalle que también se hará poco a poco recurrente en el texto de Adichie: la idea de confiar en «tus instintos, por encima de todo, porque te guiará el amor a tu hija» es extremadamente inocente y optimista. Los instintos muchas veces son irracionales y bárbaros, siendo casi siempre disparados por afecciones negativas como el miedo o el capricho. Otra cosa es que, matizando mucho y ponderando

el tema, se pueda defender que, bajo el esfuerzo, la reflexión y una correcta pedagogía se pueda entrenar la intuición para, en según qué casos, poder actuar con mayor velocidad. Un defecto que se repite en el texto es su simpleza, que en su rendimiento respecto a los problemas de la sociedad nigeriana puede tener cierto sentido, pero... también podría ser igualmente simple y eficiente, aunque disparando con un poco más de prudencia y puntería, basándose en un conocimiento un poco más universal y sin caer siempre por el lado pragmatista. En la línea de esta última idea, en la página 20 nos encontramos ante lo siguiente: «Ni siquiera tiene que gustarte tu trabajo, basta con que te guste lo que el trabajo hace por ti: la confianza y plenitud que se derivan de trabajar y ganarse la vida». No sabemos si es el modelo protestante en toda su plenitud o el peor marxismo con su «el trabajo dignifica al hombre»; pero, en cualquiera de los casos, no puede ser —otra vez— una idea más anglófila. No importa en qué trabajes, lo importante es lo bien que sienta y la confianza que da tener dinero y ser independiente. Considerar que esto da «la plenitud» al hombre es reducir todo lo que es bello, interesante y que merece la pena a una sola realidad: la realidad contractual capitalista desde una perspectiva extremadamente estrecha.

En la página 23 volvemos con un uso gratuito del término “género”: «Las tareas domésticas y los cuidados debieran ser neutros desde el punto de vista del género». Esto mismo se podría decir perfectamente señalando que las tareas domésticas y los cuidados son una cuestión de importancia, que atañe a todos los hombres al margen de sus genitales. Si no es necesario emplear palabras, y se pueden emplear palabras comunes en nuestra tradición..., ¿no será mejor decantarse por esto en busca de la claridad? Los tecnicismos son importantes, pero sólo cuando son estrictamente necesarios. Ortega o Schopenhauer hacían filosofía empleando una manera de hablar cercana y clara. De hecho, Heidegger no es más profundo o accede a cuestiones más elevadas y ciertas por juntar palabras con guiones y emplear su nutrido abanico de tecnicismos germanos en casi todas sus frases.

Resulta especialmente interesante la página 28, cuando Adichie afirma la importancia de enseñar a tu hija que los «roles de género» son una solemne tontería. Entonces, del concepto “género”..., ¿qué es lo importante? Estamos de acuerdo en que, de cara a la organización de una sociedad avanzada, juzgar a sus ciudadanos según su rol sexual, como hombres o mujeres, es una tontería en el 99% de los casos, dada la tecnificación de los sectores laborales. Ya no es necesario ser un hombretón para llevar un tractor o un

camión, aunque siempre habrá trabajos donde, por la dinámica y variedad de los problemas que pueden surgir, impliquen, no una política de contratación sexista, sino el reconocimiento de que el tono físico necesario para ser, por ejemplo, policía, militar o bombero suele darse en mayor medida en hombres que en mujeres —a falta de la invención de los exoesqueletos, claro—. O, también, cosas como los deportes, donde la gracia es que no existe una ayuda técnica y, por lo tanto, en favor de la justicia, es interesante separarlos por sexos. Y no entraremos en la cuestión de que quizás haya preferencias que generalmente se den entre hombres y mujeres a la hora de elegir un trabajo. Por ahora, nos movemos entre lo legal y lo que atañe a la igualdad de oportunidades. Aunque también podríamos hablar un poco de belleza, de elegancia, de arte, de estética..., y de todo lo que implica el rito romántico a la hora de encontrar pareja en nuestras sociedades. En eso no es ninguna tontería el rol sexual, con todo el juego que le acompaña. Igualmente, no se puede considerar una tontería el arte que encierra la moda. No se puede cambiar conscientemente el canon artístico o estético, sino que este evoluciona históricamente influenciado por el paso de las generaciones y no por alguien en particular. En cambio, si se puede trasgredir individualmente, y esa es otra de las facetas importantes de la necesidad de un canon de la belleza coherente y bien arraigado en nuestra tradición. Sin el canon, no se puede trasgredir el canon; y, sin el conjunto, juego y choque de esas trasgresiones, no puede el propio canon de lo bello evolucionar.

¿Y esto qué tiene que ver con los roles sexuales? Pues que el canon dicta que no todo lo elegante para un hombre lo es para una mujer, y viceversa; y que, en general, hay que tener en cuenta esa máxima metafísica que nos recuerda que no todo vale. Y esto sirve, entre otras cosas, para codificar lo que se mueve dentro del fuero interno de una persona, siendo a su vez habitual que la elegancia, la originalidad y la belleza sean una consecuencia de la inteligencia, el conocimiento y el esfuerzo; virtudes fundamentales en todo posible pretendiente a la hora de enamorarse. Por lo tanto, educar a tu hijo en que da igual que se vista con una falda de pata de gallo y una chaqueta a cuadros irlandeses, mientras se raja y padece sobrepeso, es un error. Primero, enseñale el canon; que conozca qué es bello y qué no, qué lo ha sido y qué no lo es hoy. Que comprenda el fondo natural con respecto al cual el hombre modula históricamente la belleza y el arte. Y, entonces, cuando sepa por qué Pierce Brosnan, Clint Eastwood, Kit Harington o Paul Newman son elegantes, podrá intentar aspirar a ser un poco Dalí, Arrabal o Tino Casal —sin olvidar que uno no puede pretender vestirse habitualmente como si fuera a salir a un escenario

sin que le consideren un hortera—. Esto se vuelve a ver en la página 30, donde se aprecia a su vez la simplicidad desde la que se analiza el tema. La cuestión estética no se reduce al azul y al rosa, ni mucho menos se puede inferir que, por vestir a tu hija de rosa, vaya a ser dominada o vaya a ser más débil y también más proclive a aceptar la sumisión (estas consideraciones son palmariamente superficiales y fetichistas, en tanto que no se pueden tomar las relaciones como cosas de esta manera tan reductora y simplista).

Otro tema que se plantea en la página 31 es el de por qué se venden coches a niños y muñecas a niñas. Puede ser que los padres sean muy machistas y quieran adoctrinar a sus hijos desde pequeños, o también puede ser que realmente, en general, los niños se sientan más atraídos por las cosas y las niñas por las caras. En cualquiera de los casos, los vendedores quieren vender, y no están pensando en el rol sexual de sus clientes objetivo más púberes, sino en maximizar sus beneficios. Así que la responsabilidad última caería en los padres, que son susceptibles de adoctrinar, o en los hijos, que quizás tengan preferencias naturales según su sexo. También habría otra opción, que sería la de los padres que pretenden que sus hijos sean felices como ellos lo han sido (cosa muy loable). Además, y en el fondo, no está claro que los juguetes que uno tiene de pequeño tengan gran efecto. Lo importante es que tus padres te enseñen un criterio crítico para juzgar el mundo en el que te ha tocado vivir, y eso no está en los juguetes. Sin olvidar que la normalidad es un bien que facilita la vida de los niños en un mundo lleno de circunstancias que, inevitablemente, les harán sufrir. Asimismo, cabe no olvidar que uno de los orígenes más claros de ser considerado anormal, así como del sufrimiento, no es otro que el propio conocimiento: dado que conoces más, todo lo malo de este mundo —que es más habitual que lo bueno— se ve más claramente. Lo peor de esto es, sin lugar a dudas, que, normalmente, los niños que piensan demasiado son marginados por el resto; ya que el crítico suele señalar lo que el grupo no quiere ver y, por dicha razón, es atacado cualquier cosa extraña que entra en un organismo. Así pues, no favorezcamos complicar la vida más de lo estrictamente necesario a nuestros hijos; si quieren crear y trasgredir con el arte, ya lo harán cuando estén en condiciones de asumir las consecuencias.

Volviendo a pie de texto, otra cosa curiosa es que Adichie considere los juguetes tipo coches o trenes como activos y las muñecas como pasivas; lo que no puede ser más arbitrario, pudiendo incluso implicar que quien quizás tenga prejuicios respecto a los roles sexuales sea la propia autora. Yo diría que las muñecas son juguetes extraordinariamente activos, más incluso que los coches o trenes, porque, mientras estos últimos están

circunscritos a circular o echar carreras —como mucho—, las muñecas pueden hacer un montón de cosas, como ir a comer, cocinar, quedar con otras muñecas...; en general, son susceptibles de formar todo un teatro de aventuras. Un juguete con la forma de una persona es mucho más dinámico respecto a los juegos donde se puede ver inmerso que una máquina. En este sentido, al margen de prejuicios que ensalzan lo propiamente masculino, que suele relacionarse con lo activo, como lo deseable —otra cosa a pensar es por qué lo activo es deseable frente a lo pasivo—, también podemos pensar que Adichie no fue dotada con demasiada imaginación para articular sus juegos de niña.

Vamos a ir terminando esta pequeña lectura sin reincidir demasiado en los mismos temas. Aunque sí hay uno que es capital, y que aún queda por mencionar, que se plasma con claridad ya en la página 45: el problema del amor desde una concepción pragmatista de la vida, así como su inevitable simplificación bajo el dogma del rendimiento de caprichos y placeres; a saber, una relación reductible en último término a lo contractual, en el marco de la mutua explotación. Adichie comenta: «no creo que debamos enseñar a nuestras hijas a aspirar al matrimonio», porque prefiere decir: «Ya tienes edad para buscar trabajo». Esto queda mucho más claro en la página 49, cuando afirma: «jamás hables del matrimonio como un logro» o lo siguiente: «Un matrimonio puede ser feliz o desgraciado, pero no un logro». (Y podríamos hablar de cómo en la página 48 considera que las mujeres «no deben ser defendidas» por los varones en una sociedad machista como la nigeriana, o en cualquier otra donde una mujer pueda ser agredida por un hombre; lo cual es un disparate, en tanto que es evidente que, de media, los hombres son más fuertes. No puede ser una concepción más inocente, por no decir imprudente, deducir una actitud de superioridad del hecho de que los hombres honrados reconozcan este deber. Esto es algo gratuito, ya que sencillamente se podría entender como piedad.)

Destaca que en Nigeria se educa a las niñas para el matrimonio, pero no a los niños; aunque, después, ni vuelve a esta idea ni plantea la posibilidad de educar a los dos en este sentido. Está claro que el matrimonio es algo de dos; por tanto, pasar de la injusticia de cargar hacia las mujeres a disolverlo en una cuestión de felicidad —que me temo que se puede reducir a mero placer—, olvidando el compromiso o la categoría de sacrificio, es, cuanto poco, imprudente, por no decir deshumanizador. En la página 53 destaca la costumbre de conservar el apellido, que no es que sea una cuestión muy particular de Nigeria, sino del mundo anglosajón. En la página 59 señala que hay que decir a tus hijos «que, si no le gusta a alguien, habrá otras personas a las que sí les gustará»; no planteando

la posibilidad de que puedes no gustar a alguien, y que eso no sea una injusticia, en tanto que lo primero es plantearse si uno es digno de encontrar el amor. Muchas veces en la sociedad actual se cae en el capricho y no en el esfuerzo necesario para dar la calidad humana necesaria para llevar a cabo una relación amorosa sana. Su desprecio por la familia se nota en la página 73, cuando, en vez de referirse al hecho de estar embarazada o en cinta, prefiere el término estar «prefiada». (Y podríamos hablar del hipertrofiado problema de la identidad en relación a la página 61, así como del peligro que tienen ciertas ideas peligrosamente nacionalistas basadas en un idealismo bastante fetichista. No conviene olvidar que somos lo que hacemos, y que los particularismos suelen ser malas doctrinas. No vamos a volver con la cuestión de la moda en la página 67, que, para colmo, parece favorecer tratar a la gente con eufemismos y, en último término, mentirla, como ocurre en la página 70. Es cierto que la belleza está por encima del color de la piel, pero nos acercamos peligrosamente al relativismo al considerar que igualmente pasa con el peso; cuando, sin embargo, la bella figura es aquella que coincide con una cifra óptima adaptada a la altura de cada persona y a la proporción de grasa respecto a músculo.)

Finalmente, después de no hablar casi nada del amor en un sentido positivo ni coherente en relación con el matrimonio —teniendo en cuenta la categoría de sacrificio y de esfuerzo—, saltamos a la cuestión de la sexualidad como algo fundamental, cuando en el fondo no debería ser otra cosa que la expresión más íntima y profunda del amor que una pareja se tiene. (Siendo a su vez ridículo —nunca mejor dicho— que no relacione desnudez con vergüenza, cuando clarísimamente es un ejemplo paradigmático de vergüenza capaz de superarse en el singular caso de la presencia de la persona amada.)

En tercer lugar, llegamos al amor como algo que hay que asumir como si fuera un castigo. (El momento en la página 81 donde asume que la hija de su amiga va a actuar de manera heterosexual no puede ser más cínica. No es que lo consideres así porque te sientas «más capacitada para hablar», sino porque es lo más normal, lo más habitual.) Y, por fin, destaca en la página 82 que el «amor es importante en la vida»; por eso lo deja en tercer lugar, después de cargar contra el matrimonio y hablar de la sexualidad. Comenta que «hay que dar por hecho que recibirá», cuando la gracia del amor está en no pensar en eso. También señala que es injusto que se edueque a las niñas para sacrificarse, y a los niños no; esto no puede ser, claro está, pero... quizás sí es conveniente que los dos se deban sacrificar en algún sentido. Además, en el marco de la pareja, no se puede considerar de manera necesaria que siempre se va a recibir todo lo que se da; alejándose radicalmente

el amor de lo que se puede esperar de la cuenta de un contrato. El amor se produce, más bien, cuando dos dan todo sin pensar en recibir algo a cambio..., pero, claro, reconocemos que hoy en día la gente tiende más a casarse 'hasta que les deje de ser provechoso'.

Es difícil hablar con seriedad de algo y, en especial, del amor, si se considera, como en la página 88, que, salvo que no nos hagamos daño, todas las posiciones son respetables: «Debe saber y comprender que la gente toma distintos caminos en el mundo y que, siempre y cuando esos caminos no dañen al prójimo, son opciones válidas que deben respetarse». O en la página 89, donde sostiene: «Enséñale que sus principios son solo para ella, no para los demás» o, mejor aún, en la página 90: «que su vida sea lo que ella quiera que sea». Está claro que esta autora mira al mundo a través de la estrecha fisura del pragmatismo americano: individualista, subjetivista y, por lo tanto, peligrosamente particularista y relativista. Da igual cómo actúes, siempre que no molestes al prójimo...; pero ya que tengas que actuar procurando ayudarle e, incluso, sacrificarte, o valorar que, dentro de distintas actuaciones, hay, inevitablemente, algunas mejores y otras peores — por mucho que dilucidarlo sea algo problemático — es un nivel de sutileza al que esta autora no llega. Lo importante es vivir una vida caprichosa, entre el placer y la comodidad, sin molestar al resto, que estarán también en la misma empresa.



Ronumiendo.-

El feminismo (del que tratamos) es una ideología intelectual
poco por no decir estúpida. Por tanto la crítica ~~intelectual~~
directa sobre ~~intelectual~~. La cuestión entonces es "por qué existe" o dicho de otra
manera desvelar "su razón de ser".
Y todo esto, a mi ver.